



MÁS VIAJES

CON los acontecimientos del día 25 y las órdenes que giraba el C. Gobernador de Coahuila a los militares que estaban a su disposición y a las fuerzas de Monclova, la ruptura era un hecho práctico; las que antes parecían simples desavenencias con el Centro y pláticas telegráficas enojosas, ese día encarnaban en la realidad más absoluta y entrábamos de lleno en una Revolución tremenda, no de palabras, sino de hechos. Desde luego, de Ramos Arizpe dictaba ya el señor Gobernador Carranza disposiciones de carácter revolucionario, durante todo ese día, la noche y el día siguiente. Teniendo conocimiento de que D. Pablo González ya se encontraba en Monclova, lo llamó al telégrafo y tuvo una larga conferencia con él. Primero lo interrogó, como a D. Jesús Carranza, sobre si contaba o no con ellos, y después les dió su opinión militar en el sentido de la campaña que debía emprenderse.

Dirigióse por carta y telégrafo a Rosalío Hernández, en Sierra Mojada; llamó de la estación «General Cepeda» a Roberto Rivas, y ordenó la destrucción de las vías férreas entre Saltillo y Monterrey y entre Paredón y Torreón. El día 26 de-

terminó D. Venustiano Carranza sacar a su familia de Saltillo, capital que pronto abandonaríamos definitivamente, por amagos de un enemigo superior. Lo acompañé a Saltillo con objeto de despedirse de ella y de ayudarle en los preparativos para que saliera en tren especial hasta Piedras Negras, de donde continuaría a San Antonio Texas, para radicar allí, hasta que nuevos acontecimientos determinaran otra cosa; así que el 26 por la noche dormimos en Saltillo.

En Saltillo me sorprendió la presencia de Francisco J. Múgica, que ya había regresado de la capital de la República, del desempeño de la misión de que antes me he ocupado. Se incorporó desde luego a las filas revolucionarias, y todos le asaltábamos, haciéndole mil preguntas sobre lo que había visto en la Metrópoli: «¿Qué había motivado el *cuartelazo*?» «¿Cómo se había atacado a la Ciudadela?» «¿Qué era la Ciudadela?» «¿Quiénes la atacaron?» «¿Cuál fué la verdadera actitud de Huerta?» «¿Cuál la de Félix Díaz?» «¿Cuál la de Madero?» Pero todas nuestras preguntas se estrellaban ante un mutismo inexplicable. Múgica no sabía nada. No daba ninguna explicación. Hablaba mucho, pero no nos convencía. Parece que al llegar a México lo asustó el rugir de los cañones y «el temblar de la metralla». Su regreso fué rápido, sin darse cuenta de nada, y nosotros nos quedamos preguntando qué sería la Ciudadela.

Otro encuentro por la mañana de ese mismo día, en Saltillo, fué el del mayor Lucio Blanco, que llegaba de Monclova, al frente de una pequeña escolta formada por parte de las fuerzas que por órdenes del señor Gobernador organizaba en aquellos días, y parte de las pertenecientes a las que mandaba, en Múzquiz, el mayor Sóstenes Guajardo; las que, obedeciendo instrucciones del coronel Luis Alberto Guajardo, se habían ya incorporado a las del mayor Lucio Blanco, con quien el propio coronel Guajardo había conferenciado en la población de Múzquiz.

Blanco traía algunos recados del infidente D. Luis Alberto Guajardo y una carta muy extensa en que trataba de explicar su conducta. El mayor Blanco comunicaba al Sr. Carranza que al pasar Guajardo por Múzquiz, lejos de seguir a Piedras Negras con la escolta del capitán Miguel Acosta, que se le había entregado en Saltillo, y de incorporar a su paso las fuerzas del mismo Blanco, las de Sóstenes Guajardo y aun las que existieran en los minerales de carbón, así como todas las que encontrara en su trayecto de Saltillo a Piedras Negras, con la mira de capturar esta última plaza, de acuerdo con las instrucciones que había recibido del señor Gobernador de Coahuila, hizo todo lo contrario. Al pasar por Múzquiz, regresó a Miguel Acosta con los 30 hombres que le habían servido de escolta; ordenó a Sóstenes Guajardo que se pusiera a las órdenes del mayor Lucio Blanco, y a este último que se reconcentrara en Monclova para reunir toda su gente, dirigiéndose después a Saltillo, donde debería hacer saber al Sr. Carranza que no cumplía su orden de tomar Piedras Negras y secundar en todas sus partes la actitud del Gobierno de Coahuila; pues, por encontrarse achacoso y viejo, se veía en la necesidad de retirarse a la vida privada; que padecía de tiempo atrás una enfermedad del estómago, y que esperaba que el mayor Lucio Blanco lo sustituyera en el mando de sus tropas, con ventaja para la Revolución.

Finalmente, Lucio Blanco explicaba que, con un sinnúmero de pretextos baladíos, Guajardo pasaría por Boquillas del Carmen y se *largaría* a San Antonio Texas, donde pensaba radicarse.

Desde el día 20, fecha en que Miguel Acosta había regresado a Saltillo, D. Venustiano estaba enterado del proceder del coronel Guajardo. Sin embargo, recibió con serenidad las noticias que le comunicaba Lucio Blanco, y sin tomar en consideración este serio trastorno, le ordenó que se pusiera

al frente de las tropas que le hubiese entregado Guajardo, y esa misma tarde saliera con ellas a Monclova para que continuara el reclutamiento de toda la gente que le fuera posible llevar a las filas. Que condujera también en su tren al señor licenciado Ismael Padilla, secretario general del Gobierno de Sonora, para que por los Estados Unidos continuara su viaje a aquella entidad, así como al diputado Vicente Dávila, quien se dirigía a Monclova para incorporarse a sus compañeros de la XXII Legislatura Local, Sres. Gabriel Calzada, Epígenio Rodríguez y Atilano Barrera.

Guajardo era amigo muy querido de D. Venustiano Carranza desde la niñez; siempre fué decididamente protegido por el señor Gobernador, aun contra la opinión de otros amigos y de la misma del señor Presidente de la República; lo tuvo en Torreón como jefe político, con amplias facultades en aquella región, ocasionando grave fricción con el Ayuntamiento de dicha ciudad y hasta la renuncia del presidente municipal, contrariando los deseos de D. Francisco I. Madero y del Ministro de Hacienda, D. Ernesto Madero. Pero era que tenía ilimitada confianza en el compañero de la juventud y en el amigo de la edad madura, y no porque se equivocara el Sr. Carranza, sino por el conocimiento íntimo que de aquella región sabía que tenía D. Alberto Guajardo. Allí dió éste el resultado que apetecía el Gobernador de Coahuila; nunca entraron los bandoleros orozquistas, durante las cosechas de algodón de la Laguna, y se salvaron más de treinta millones de dólares que producían ese año las márgenes del Nazas; después Guajardo fué infidente, fué traidor con el amigo y con el superior. El Sr. Carranza se podría acordar con justicia, para aplicarlas en esta ocasión, de las palabras de Simón Bolívar, hablando sobre su amigo Muñoz, que dicen:

«Yo sé que es bien difícil ser siempre el mismo hombre, y que el que no tiene principios invariables, no pue-

de tener conducta uniforme; pero es una fatalidad no haber encontrado sino ingratos. Aquellos a quienes más he colmado de beneficios, aquellos a quienes he dispensado más confianza y más poder, son los que más me han vendido» (1).

(1) *L. Perú de La Croix*. — *Diario de Bucaramanga*, página 107.



